

Anecdótico Moral—

PADRE E HIJA

A LAS FAMILIAS

Por el P. Miguel Selga, S.J.

El Padre—Al mismo tiempo que desempeñaba un importante cargo en el ministerio de Hacienda, daba lecciones de matemáticas y de lenguas vivas y se dedicaba a profundos estudios filológicos, especialmente de los antiguos idiomas orientales. Dotado de una inteligencia verdaderamente enciclopédica, de una memoria prodigiosa y de una capacidad extraordinaria para el trabajo, Maximiliano Pablo llevó a cabo una labor verdaderamente abrumadora en filosofía, filología y lexicografía. Después de una frugal comida a las seis de la tarde se sentaba a la mesa de trabajo y allí permanecía trabajando hasta las tres de la madrugada. La obra monumental de Littré es el diccionario de la lengua francesa, el diccionario más completo de las lenguas romances, en el cual se registran indifinidamente los vocablos nuevos acompañados de pintorescas aclaraciones y numerosos ejemplos. Imbuido del ambiente positivista de la época Littré admitía que el pensamiento es inherente a la sustancia cerebral, que la percepción es un fenómeno de la actividad nerviosa, que la realidad está constituida por la materia y diversas formas de energía y que cuanto está por encima de los hechos es ajeno de la ciencia. Littré ingresó en la francmasonería en 1875: fue racionalista empedernido, continuador de la obra de los enciclopedistas que desembocó en la Revolución y empleó sus dotes de talento y erudición en contra de la Iglesia.

La Hija—Con el enciclopedista despreocupado convivían dos ángeles: la esposa y la hija. En los últimos días de su vida, el viejo filósofo pasaba las horas de la noche con gran fatiga, insomne o adormilado: abría con frecuencia los ojos y sorprendía a su lado, velándole, a la esposa y la hija a veces de rodillas con el rosario en la mano.

—Pero ¿qué hacéis? ¿Por qué no descansáis?

—Te velamos, papá, que no te falte nada, y tomes las medicinas a su tiempo y se cumpla cuanto tú desees.

Littré volvía a cerrar los ojos: los pensamientos desaparecían de su cerebro: no quedaba en su cuerpo otra señal de vida que el aliento de la boca y el latido del corazón. Cuando los ojos de Littré se abrían de nuevo, allí encontraban los dos seres queridos, en la misma habitación, cabe la cama, moviendo rápidamente los labios y contando lentamente las cuentas de un rosario.

—¿Qué decís? que no escuchando vuestras palabras. ¿Por qué no descansáis?

—No te aflijas, papá, sólo queremos tu bienestar. Pedimos a Dios por tu alivio y tu salud. Dios sabe y puede más que los doctores.

—Pero ¿qué decís en vuestros rezos?

—Mira, papá: para ti no tengo ningún pensamiento oculto. Rezamos la oración que infundía vigor a Bossuet y la que repetía Montaniberti antes de subir a la tribuna. Es la más hermosa de las felicitaciones, inspirada por Dios, traída del cielo

y pronunciada ante la Virgen por un Arcángel. Mira, papá, yo tengo por cierto que cuando rezo esta oración, sonríe el cielo, saltan de gozo los ángeles, huyen los espíritus malignos y la Virgen escucha benigna mis súplicas por tu bienestar y felicidad.

Littré admiraba en silencio la virtud de aquellas dos almas que contrastaban con la infecundidad fría y soberbia del incrédulo. Bien podía convencerse de la excelencia de la religión por los efectos maravillosos que producía: ¿dónde podía hallarse la verdad, sino en la fe que profesaban aquellos dos ángeles sacrificados y amables. Poco a poco el enfermo dió oídos a las conversaciones sobre religión: volvía a asomar la fe en aquella alma, como la aurora dora el horizonte antes de la salida del sol. Confiados en la intercesión de María, esposa é hija redoblaban cada día el fervor de sus oraciones. Un día memorable el filósofo apoyaba la cabeza en las manos de su hija: ésta en un arrebato de cariño atreviéndose a colgar del cuello de su padre una medalla de la Virgen: complacido el padre premia la acción, imprimiendo un beso en la frente de su hija. En este momento de fervor, en pleno ejercicio de su brillante inteligencia, Littré abjura la impiedad, abraza la fe católica, renuncia a la masonería, pide ser reconciliado con la Iglesia y expresa su voluntad decidida de morir como católico confortado con los sacramentos y auxilios espirituales de la Iglesia de Jesucristo. De rodillas, esposa é hija alternan con el enfermo el rezo de una Ave María, en acción de gracias por el beneficio de la vuelta al seno de la Iglesia.